

ELMORE LEONARD RUM PUNCH



El silencio es su seguro de vida.

Annotation

A Jackie Collins se le presenta un futuro cargado de presagios. Es azafata de vuelo desde hace veinte años y está trabajando para una compañía aérea transinsular el día que aterriza en el aeropuerto internacional de Palm Beach llevando cincuenta mil dólares encima y es detenida. La policía sabe que Jackie trabaja para un hombre, cuya identidad desconoce, que trafica con ametralladoras. Jackie considera las alternativas posibles: puede confesar todo lo que sabe acerca de Ordell Robbie, el traficante de armas, y así quedar en libertad, aunque debe tener en cuenta el detalle que si Ordell llega a sospechar que alguien le vende, el delator es hombre muerto; también puede mantener la boca cerrada y cumplir cinco años de prisión. Pero entonces conoce a Max Cherry, un cincuentón recién separado que la ayuda a descubrir que, en realidad, cuenta con más posibilidades de las que ella misma creía...

ELMORE LEONARD

Rum Punch

Traducción de Enrique de Hériz

Ediciones B

Sinopsis

A Jackie Collins se le presenta un futuro cargado de presagios. Es azafata de vuelo desde hace veinte años y está trabajando para una compañía aérea transinsular el día que aterriza en el aeropuerto internacional de Palm Beach llevando cincuenta mil dólares encima y es detenida. La policía sabe que Jackie trabaja para un hombre, cuya identidad desconoce, que trafica con ametralladoras. Jackie considera las alternativas posibles: puede confesar todo lo que sabe acerca de Ordell Robbie, el traficante de armas, y así quedar en libertad, aunque debe tener en cuenta el detalle que si Ordell llega a sospechar que alguien le vende, el delator es hombre muerto; también puede mantener la boca cerrada y cumplir cinco años de prisión. Pero entonces conoce a Max Cherry, un cincuentón recién separado que la ayuda a descubrir que, en realidad, cuenta con más posibilidades de las que ella misma creía...

Título Original: *Rum Punch*

Traductor: Hériz, Enrique de

Autor: Leonard, Elmore

©1992, Ediciones B

ISBN: 9788440644572

Generado con: QualityEbook v0.84

Elmore Leonard

Rum Punch

TÍTULO original:

Rum Punch

Traducción:

Enrique de Hériz

1ª edición: abril 1994

© 1992 by El more Leonard Inc.

© Ediciones B, S.A., 1994 Bailón, 84 — 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain

ISBN: 84-406-4457-4

Depósito legal: BL 353-1994

Impreso por GRAFO, S.A. — Bilbao

Realización de cubierta:

Jordi Vallhonesta

A Jackie, Carole y Larry

1

EL domingo por la mañana, Ordell le dijo a Louis que contemplara la manifestación racista en el centro de Palm Beach.

—Jóvenes nazis skinhead —explicó Ordell—. Fíjate, incluso las chiquillas nazis marchan por Worth Avenue. ¿Te lo puedes creer? Y esos que vienen ahora son del Klan, aunque hoy no son demasiados. Algunos van de verde, deben de ser los cabezas en punta de la Primavera Tenebrosa. Y los de detrás parecen los Motoristas por el Racismo, más conocidos como Caballeros Dixie. Metámonos entre la gente para ir más adelante —sugirió Ordell, tirando de Louis—. Quiero que veas a un hombre. A ver a quién te recuerda. Me dijo que marcharían por South County y montarían un numerito en las escaleras de la fuente del Ayuntamiento. ¿Alguna vez habías visto tanta policía? Claro, supongo que sí. Pero no tantos uniformes distintos a la vez. Y van en serio: llevan los cascos puestos y las porras antidisturbios. No bajas de la acera, son capaces de partirte la cabeza. Mantienen la calle libre para los nazis.

La gente se daba la vuelta para mirar a Ordell.

—Tío, cuántos fotógrafos y cámaras de televisión.

Esta historia es una gran noticia, todo el mundo está pendiente. Si no, los domingos, no ves más que ricachonas que sacan a sus chuchos para echar una meada. Los chuchos, claro, no las señoras. —Una chica que estaba delante de ellos volvió la cara y sonrió, y Ordell se dirigió a ella—: ¿Qué tal, nena? ¿Todo bien? —Luego alzó la vista, y de nuevo se volvió a Louis para añadir—: Creo que lo he visto. —Se metió entre la multitud para acercarse más a la calzada—. Sí, ahí está. ¿Ves el de camisa negra y corbata? Un nazi skinhead mayorcito. Yo lo llamo Grandullón. Le gusta.

—Es Richard —apuntó Louis—. Joder.

—Se parece, ¿eh? ¿Recuerdas cómo flipaba Richard con toda aquella mierda nazi que tenía en su casa? ¿Todas aquellas armas? Grandullón aún tiene más.

—Éste va en serio. Míralo —comentó Louis.

—Le gusta el poder. Es un loco de las armas. ¿Sabes dónde se ven tipos como él? En las exhibiciones de armas.

Ordell lo dejó caer. Se suponía que Louis debía preguntar qué hacía Ordell en las exhibiciones de armas, pero no lo hizo. Estaba ocupado viendo pasar a las chicas nazis, aquellas jóvenes delgaduchas con el pelo corto como los chicos.

—Tengo algo que las espabilaría a todas, algo que haría brillar sus ojos —apuntó Ordell.

De nuevo la gente lo miraba. Algunos sonreían. Louis se apartó de la multitud y Ordell tuvo que apresurarse para pillarlo. De tanto hacer gimnasia en la cárcel, a Louis se le había ensanchado la espalda.

—Por aquí —dijo Ordell.

Echaron a andar por South County, por delante del desfile, caminando como dos viejos amigos: Ordell Robbie y Louis Gara, un negro de piel clara y un blanco de piel oscura, ambos originarios de Detroit, donde en una ocasión coincidieron en un bar, se pusieron a hablar y descubrieron que los dos habían estado en el correccional de Southern Ohio y tenían ciertas actitudes en común. Poco después, Louis se trasladó a Texas, donde lo pillaron de nuevo. Volvió al hogar y Ordell lo esperaba con una proposición; una idea de un millón de dólares: secuestrar a la esposa de un tipo que ganaba dinero sucio y lo escondía en las Bahamas. Louis dijo que sí. El plan les estalló en la cara y Louis dijo que nunca más. De eso hacía trece años...

Y ahora Ordell tenía otro plan. Louis lo notaba. Por esa razón estaban mirando a los skinhead y a los conehead que desfilaban por la calle.

—¿Te acuerdas de cuando saliste de Huntsville y yo te presenté a Richard? —preguntó Ordell.

Ya empezaba a soltarlo. Louis estaba seguro.

—Pues hoy me recuerda a aquel día. Creo que son cosas del destino. Esta vez acabas de salir de la prisión estatal y yo te presento a Grandullón, como si Richard hubiera vuelto de entre los muertos.

. —Lo que recuerdo de aquella ocasión —puntualizó Louis— es que deseé no haber conocido a Richard. ¿Qué te pasa con los nazis?

—Me divierte verlos —explicó Ordell—. Mira esa bandera que llevan, con una sirena enganchada al palo. No se sabe si pretende ser de la SS o del Capitán Marvel.

—¿Vas a proponerme otra idea de un millón de dólares? —preguntó Louis.

Ordell dio la espalda al desfile. Su mirada era tranquila, seria.

—Acabas de ir en mi coche. Y eso no es una idea, tío, eso cuesta dinero de verdad.

—¿Para qué me enseñas a ese nazi?

—¿Grandullón? Su verdadero nombre es Gerald. Una vez lo llamé Jerry, pero me levantó en volandas y me dijo: «Yo no me llamo así, chico.» Le conté que estoy a favor de la segregación racial, o sea que él cree que soy de los suyos. Una vez me lo encontré en una exhibición de armas.

De nuevo le soltaba la indirecta a Louis.

—No has contestado a mi pregunta —le insistió Louis—. ¿Qué hacemos aquí?

—Ya te lo he dicho. Ver a quién te recuerda Grandullón. Mira, hay alguien más que anda por aquí y no te lo vas a creer. Es una mujer. Adivina de quién se trata.

—No lo sé —respondió Louis.

Ordell sonrió:

—Melanie.

—No jodas.

También ella pertenecía a aquella época, trece años antes...

—Sí, seguimos en contacto. Melanie me llamó un día... Está en una casa que tengo en Palm Beach Shores. ¿Quieres verla?

—¿Vive contigo?

—Digamos que yo entro y salgo. Podemos pasar esta tarde, si quieres. Melanie sigue estando bien, aunque ha engordado. Tío, lo que yo te diga, el destino ha estado trabajando como un chino para reunimos a todos aquí. Lo que quiero hacer es presentarle a Melanie al Grandullón.

Pretendía algo. Louis lo notaba.

—¿Para qué?

—Sólo para ver qué pasa. Creo que sería un golpe. Ya conoces a Melanie, no ha cambiado. ¿Te la imaginas con ese nazi gilipollas?

Ordell se comportaba como un crío con un secreto, se moría por contarle pero quería que se lo preguntasen.

—No tienes ni puñetera idea de dónde estás, ¿verdad? —le preguntó a Louis—. Te pasas la vida saliendo de la cárcel y volviendo a empezar. Veo que te has librado de aquel bigote y tienes alguna cana entre los rizos. Te mantienes en forma, eso es bueno.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó Louis—. ¿Te has estirado el pelo? Antes lo llevabas a lo afro.

—Hay que estar a la moda, tío.

Ordell se pasó la mano cuidadosamente por el cabello, palpando su espesor, la llevó hasta la trenza y la rizó entre los dedos, jugando con ella mientras añadía:

—No, supongo que no sabes lo que quieres.

—Eso crees, ¿eh?

—Con esa mirada de convicto... Bueno, algo has aprendido en el trullo —dijo Ordell—. Por cierto, Louis, con esa camisa que llevas parece que trabajes en una gasolinera. Tendría que poner «Lou» en el bolsillo. Le limpio el parabrisas, le compruebo el aceite...

Entonces sonrió para demostrar que estaba bromeando. Ordell: cargado de lino y oro, con su jersey naranja de pico, sus pantalones blancos de algodón y el oro brillando en su pecho, en la muñeca y en dos dedos.

—Venga, vamos a ver el espectáculo.

—El espectáculo eres tú —contestó Louis.

Ordell sonrió y movió los hombros como un boxeador. Caminaron por detrás de la muchedumbre retenida por una cinta amarilla de la policía que acordonaba las escaleras que quedaban ante la fuente. Un joven nazi estaba hablando mientras los otros se mantenían de cara a la multitud con sus uniformes de supremacía. Ordell empezó a dar empujones para acercarse más, pero Louis lo tomó del brazo.

—Yo no me meto ahí.

Ordell se dio la vuelta para mirarlo.

—Esto no es como en el trullo, tío. Aquí nadie lleva navaja.

—Yo no entro ahí contigo.

—Vale, está bien —respondió Ordell—. No hace falta que entremos.

Encontraron un lugar desde el cual se veía bastante bien al joven nazi. Estaba gritando: «¿Qué queremos?»

Y las chiquillas nazis y el resto de espantapájaros le respondían gritando: «¡El poder blanco!» Siguieron así hasta que el joven nazi lo dio por terminado y gritó: «¡Algún día el mundo sabrá que Adolf Hitler tenía razón!» Eso arrancó alguna voz de la multitud que le gritó, llamándolo estúpido y retrasado. Se dirigió a ellos y gritó: «¡Reclamaremos que esta tierra sea para nuestra gente!*, con su joven voz rota de nazi. La gente le contestó: ¿a qué clase de gente se refería? ¿A otros gilipollas como él? Una negra entre la multitud dijo:

—Ve a decir eso a Rivera Beach y te matarán.

El joven nazi empezó a gritar: «¡Seig heil!» tan alto como podía una y otra vez y los payasos se le unieron, al tiempo que imitaban el saludo nazi. Ahora los jóvenes de la

multitud los llamaban cabronazos racistas y les decían que se largaran a casa, que desaparecieran, y pareció que se acababa el espectáculo.

—Vámonos —dijo Ordell.

Caminaron hasta Ocean Boulevard, donde habían dejado el coche, un Mercedes descapotable con la capota bajada. Se les había pasado la hora del parquímetro y había una multa bajo el limpiaparabrisas, en el lado del conductor. Ordell la cogió y la tiró al suelo. Louis lo miró pero no dijo nada. No abrió la boca hasta que se encontraron en el puente central, en dirección a West Palm. Entonces dijo:

—¿Para qué querías que viera a ese tipo? ¿Te ha llamado negro y quieres que alguien le parta las piernas?

—Esa chorrada de la venganza... —se quejó Ordell—. Eso lo debes haber cogido de tanto mezclarte con los italianos. Nada les gusta tanto como la venganza. Los juramentos de venganza.

—¿Quieres ver por dónde me muevo? —preguntó Louis—. Ve por Olive y gira a la derecha. Sube hasta Banyan, lo que antes era First Street, y tuerce a la derecha. —Luego, ya en la calle Olive, le dijo—: Ese edificio de la derecha es el juzgado.

—Sé muy bien dónde están los juzgados —respondió Ordell. Torció por Banyan y enfiló hacia Dixie Highway. A media manzana, Louis le dijo que parase.

—Ahí mismo, en el edificio blanco —explicó Louis—. Ahí trabajo.

Ordell ladeó la cabeza para mirar al otro lado de la calle, a un edificio de un solo piso, con un cartel pintado en la ventana en el que se leía «Fianzas Max Cherry».

—¿Trabajas para un agente de fianzas? Me habías dicho que estabas en una agencia de seguros que controlaban los italianos.

—Glades Mutual, de Miami —contestó Louis—. Max Cherry se encarga de las fianzas. Yo me quedo sentado en

la oficina. Si un tipo falta a su cita en el juzgado, voy a por él.

—¿Ah, sí?

Eso ya sonaba mejor, como si Louis fuera un cazador de recompensas que persiguiera a los malos.

—Lo que quieren de mí es que les traiga algunos de esos traficantes de droga en fianza, de los que cuestan a partir de ciento cincuenta de los grandes.

—Claro, supongo que habrás establecido buenos contactos en el trullo —apuntó Ordell—. ¿Te contrataron por eso?

—Fue por mi compañero de celda, un tipo que estaba dentro porque había matado a su mujer. Me dijo que fuera a ver a sus amigos cuando saliera. Lo hice, y me preguntaron si conocía a algún colombiano. Les dije que sí, que a unos cuantos. A algunos los conocí por medio de un preso llamado J. J., ya te he hablado de él, ese al que pillan cada vez. Estoy instalado en su casa.

—Louis sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa de trabajo—. Así que me dedico a visitar a los colombianos de South Beach y les doy una tarjeta de Max Cherry. «Si te meten en el trullo, yo me encargo de lo tuyo.» Tiene otra en la que pone: «Mis finanzas son tus fianzas», con su nombre debajo, el número de teléfono y todo eso. —Louis se llevó la mano de nuevo al bolsillo para sacar una caja de cerillas.

Ordell esperó.

—Y ya está. Casi todo el tiempo estoy sentado en la oficina.

—¿Te llevas bien con los colombianos?

—Claro. Saben de dónde vengo. —Louis encendió la cerilla con la uña del pulgar—. Además, siempre tienen tan altos los cha cha chás que apenas se puede hablar.

Ordell sacó su propio tabaco y Louis le dio fuego con una cerilla entre sus manos ahuecadas.

—No pareces feliz, Louis.

—No quiero tener nada que ver con lo que estés tramando, sea lo que sea, ¿vale? Con una vez basta —aseveró Louis.

—Como si fueras una monja de la caridad. ¿Fui yo quien se cargó aquello del secuestro?

—Tú fuiste el que metió a Richard.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sabías que intentaría violarla.

—Ya. Y tú la ayudaste a salir de aquel follón. Pero no fue eso lo que jodió el invento, Louis. Tú sabes qué fue. Le dijimos al hombre que pagara si quería volver a ver a su mujer... Porque así es como hay que hacerlo, ¿no? Y entonces resultó que no quería volver a verla, ni siquiera cinco minutos. ¿Allí en las Bahamas, en su nido de amor con Melanie? Si no puedes negociar con el hombre, Louis, si ni siquiera puedes amenazarlo, no hay ninguna posibilidad de que el negocio funcione.

—De todos modos habría fallado —contestó Louis—.

No sabíamos lo que hacíamos.

—Ya veo que ahora vas de experto. Dime una cosa: ¿quién es el que ha estado en la cárcel tres veces y quién sólo una? Mira, ahora tengo gente que trabaja para mí. Tengo hermanos que me hacen el trabajo sucio. Tengo a un tipo en Freeport... ¿Te acuerdas del señor Walker? Tengo a un jamaicano al que se le dan bien los números.

Es capaz de sumar, de multiplicar cuánto cuesta cada vez... —Ordell chascó los dedos—. Así de rápido.

—Tienes un contable —le dijo Louis—. Me alegro por ti.

—¿Te he pedido que trabajes para mí?

—No, todavía no.

—¿Sabes qué es un subfusil M-60?

—Uno de los buenos, un arma militar.

—Vendí tres por veinte de los grandes cada uno y me compré este coche —explicó Ordell—. ¿Para qué te necesito?

2

E1 lunes por la mañana, Renee llamó a Max a su despacho para decirle que necesitaba ochocientos veinte dólares con urgencia y que quería que le llevara un talón. Renee estaba en su sala de exposiciones, dentro de la galería comercial The Gardens, en el PGA Boulevard. A Max le costaría al menos media hora ir en coche hasta allí.

—Renee, aunque quisiera no puedo hacerlo. Estoy esperando noticias de un tipo. Acabo de hablar de él con el juez. —Tuvo que escucharla mientras le decía cuánto le había costado encontrarlo—. Pues allí estaba, en el juzgado. He recibido tu mensaje en el busca... Acabo de volver. No he tenido tiempo... Renee, por el amor de Dios, estoy trabajando. —Max calló un momento, manteniendo el auricular junto a la oreja, incapaz de añadir nada más. Alzó la mirada y vio a un hombre negro, con un abrigo amarillo, de pie en su despacho. Un negro con el pelo brillante que llevaba una bolsa de deporte de los Miami Dolphins—. Renee, escúchame un momento, ¿vale? Tengo a un tipo al que le van a caer diez jodidos años si no lo encuentro y lo presento, y tú quieres que... ¿Renee?

Max colgó el teléfono.

—Le ha colgado, ¿eh? —dijo el negro—. Me apuesto algo a que era su esposa.

El tipo le estaba sonriendo.

Max estuvo a punto de responderle: «Sí, y ¿sabe qué me ha dicho?» Quería hacerlo, pero no tenía mucho sentido contárselo a un tipo al que ni siquiera conocía y no había visto nunca antes.